Un ligero resfriado

Joyce Carol Oates

Durante años trató de concebir un hijo, y fracasó; y también fracasó en el matrimonio —aunque "fracasó" probablemente es un término equivocado ya que, al desear un hijo tanto y, como algunos observadores (incluyendo a su marido) dijeron, tan irracionalmente, simplemente decidió renunciar a ese hombre y cambiarlo por otro. Y así lo hizo; y concibió en unos cuantos meses; y tuvo su bebé, una niñita; y vivió con ella sola puesto que, para entonces, había llegado a comprender que no había lugar en su vida para el bebé y para el papá del bebé. Aun si él hubiera querido casarse con ella, lo que no era tan evidente.

Y estaba feliz con su hijita, aunque no tan extasiada como se había imaginado; excepto claro en momentos de explosión de sentimientos; caprichosos, inesperados, deslumbrantes y breves. Estos son los momentos para los que vivimos, pensaba. No sabía si alguien había tenido ese pensamiento antes que ella.

Ese verano llevó a su hija a Maine, a la casa de veraneo de sus padres, y ahí, cada mañana, la paseaba en su carriola por la playa. Le cantaba a su hijita, le hablaba casi continuamente, pues no había nadie en el mundo excepto ellas dos y, gracias a las dos, a su deliciosa unión, el mundo se renovaba, se creaba de nuevo. Sostenía a su hijita en sus brazos, la levantaba, triunfalmente, con el corazón rebosante de amor, de exaltación, de anhelo. Arena, mar, mariposa, nube, cielo ¿lo ves? Viento, sol, —¿lo sientes?

Pero un día se sintió invadida por una sensación de perturbación y abatimiento, y regresó a la casa después de sólo unos minutos en la playa, y le entregó el bebé a su madre y se metió en la cama; y no se levantó en diez días, tiempo durante el cual no durmió ni estuvo completamente despierta, simplemente acostada en la cama, en su vieja cama de la infancia, con los ojos cerrados o, si estaban

abiertos, fijos en el techo, sin mirada y sin juicio. Su madre le traía a la bebita para que la amamantara, y ella la rechazaba, con repugnancia, y no podía explicarlo; pues era a ella misma a quien veía, en los brazos de su madre, como había sido antes, tan repentinamente, se había visto a sí misma en su hijita, esa mañana en la playa; y pensó, no lo puedo soportar. No de nuevo.

A pesar de todo, el maleficio se esfumó, como sucede con tales maleficios. Y se levantó, y volvió a ser ella misma, o casi; y amamantó a su bebé de nuevo, con el mismo placer de antes; o casi. Su madre la miró duramente y el dijo, "tuviste un ligero resfriado". Y ella sonrió, y miró a su madre con ojos muy grandes llenos de calma e inteligencia, y dijo, "Sí, creo que eso debe haber sido. Un ligero resfriado". Y nunca volvieron a hablar de eso.

Traducción: **Marina Fe**